

Viaje a Avalón

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: Libro de horas de Carlos el Temerario, 1469

© Heritage Image Partnership Ltd / Alamy

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© De la versión, prólogo y notas, Anton Maria Espadaler

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-62-2

Depósito legal: M-21.653-2025

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Guillem de Torroella

VIAJE A AVALÓN

Una fábula

Versión, prólogo y notas de
Anton Maria Espadaler

 Siruela

Libros del Tiempo Lecturas Medievales

Quisiera contaros una aventura que me ocurrió no hace mucho, como enseguida oiréis.¹ Sucedió una mañana de San Juan,² de cielo claro y aire transparente, cuando yo, queriendo disfrutar de la vegetación, cabalgué en solitario por el valle de Sóller hasta el litoral, en el puerto de Santa Catalina. Recuerdo que aquel día conducía a mi corcel por un prado,³ y aunque lo veía ágil y que revolvía a una y otra mano,⁴ a pesar de estar seguro de él, me divertía poniéndolo a prueba. Y como muchas veces las ganas pueden más que el sentido común, le exigí tanto que empezó a sudar sobremanera,⁵ y para aliviarlo descabalgué enseguida, lo cogí por las riendas y lo paseé por la orilla del mar, pues sé que de este modo se calman los caballos.

Luego, cuando quise montar para volverme, vi en el mar, cerca de la orilla, donde rompían las olas, que sobresalía un gran pez, como una roca redonda, varado sobre la arena, sin moverse, como un escollo, y pensé que se trataba de una ballena.⁶ Encima de él se encontraba un papagayo⁷ muy hermoso, con las plumas muy bien mudadas. Cuando vi

al papagayo me quedé muy sorprendido porque se crían, según se dice, en las tierras de ultramar.⁸ Entonces monté apresuradamente en mi corcel, puesto que tenía la absoluta certeza de que el pájaro se hallaba en un escollo. «¡Vamos —me dije—, aunque me moje, ahora mismo voy a por el papagayo!».

Y, cabalgando, me fui para allí y, al desmontar sobre el pez, la punta de la espuela —como me estaba predestinado— se quedó enganchada entre los lomos y el flanco de la ballena. Supongo que debió causarle dolor y malestar, pues a partir de aquel momento no se estuvo quieta, sino que se adentró en el mar, con gran estrépito y agitándose, por lo que, con gran pesar, tuve que abandonar a mi buen caballo. Y en menos de lo que he tardado en contároslo, ya habíamos recorrido más de una milla, mientras el papagayo iba volando delante de mí⁹ a toda velocidad.

«Señor Dios —decía yo—, no sé de dónde me viene este infortunio; pero a ti, que eres Padre e Hijo, verdadero Dios y Espíritu Santo, te ruego que seas mi señor y mi guía, ya que he sido cruelmente apresado. Y de la misma manera que libraste a los hijos de Israel de las manos de Faraón, líbrame de este peligro atroz. ¡Ten piedad de mí y no me dejes morir!». ¹⁰

Y así, tal como os lo cuento, entre muchos suspiros, lleno de inquietudes y tristeza, rogando a Dios y a santa María, entré en las aguas de Menorca, dejando a la derecha Mallorca, donde las señas de occidente, y me dirigí hacia oriente tal como el pez me conducía.¹¹ El papagayo volaba encabezando la marcha, como os acabo de decir. Aquel día el pez me llevó tan lejos que perdí tierra de vista, y al

atardecer ya me había adentrado más de quinientas millas¹² en el mar. Cuando vi que el sol se ponía, se doblaron mis pesares, pues no lograba entender hacia dónde nos dirigiáramos, y al ver que ya era noche cerrada, rogué al señor del universo que me salvara de tan aciaga y espantosa desventura. Y mientras rezaba devotamente,¹³ con toda la humildad de mi corazón, rogando a Dios Padre omnipotente en quien todos debemos confiar, ya hacia medianoche la ballena se detuvo y vi ante mí que las olas rompían en tierra. Y al verme cerca de tierra di un gran salto sobre la arena y me alejé de la ballena dando gracias a Dios porque me había depositado en tierra y librado de las profundidades del mar, del pez y de los peligros de las olas, de los que pensé que nunca llegaría a escapar.¹⁴ Sin embargo, no os sabría decir si el papagayo seguía delante o si se había quedado atrás, pues me lo impidió la oscuridad de la noche.

Entonces, a la buena de Dios, fui observando por todas partes, hasta que vi a lo lejos una luz brillante que emitía un gran resplandor. Y yo, mirando hacia aquella luminosidad, me acerqué enseguida hasta allí, y al observar la luz vi un árbol en el que había una serpiente, que llevaba en la cabeza un hermoso carbunclo resplandeciente.¹⁵ Me plugo la visión de la serpiente¹⁶ por el carbunclo¹⁷ que brillaba. Había en aquel lugar un prado enteramente cubierto de flores del que se desprendían agradables aromas, lo que me gustó mucho. En cuanto al árbol, no sé qué nombre recibe ni de qué especie es, aunque sus frutos tienen la misma forma que las toronjas o las naranjas. Y creo que os parecerían mentiras, o vanas presunciones, si alguien os quisiera contar todas las propiedades de este fruto, ya que si os acordarais de algún

manjar que apreciarais y estimaseis, este fruto tendría el mismo sabor del que habríais imaginado.¹⁸ Y yo, que había ayunado todo el día, y que estaba hambriento, comí del fruto, y no os sabría explicar el placer que hallé en él, pues no creo que un faisán o un capón sean tan agradables de comer.

Y había, como por gran encantamiento, al pie del árbol, una pila de mármol blanco, bellamente tallada, como no había visto nunca otra mejor obrada ni más sutil ni equilibradamente realizada. Y poseía la propiedad de estar llena de agua clara, sin que aumentara ni disminuyera, sino que siempre se mantenía igual. Cuando hube comido del fruto, bebí cuanta agua quise: nunca había bebido vino ni hipocrás que tuviesen tan buen sabor. Por lo que bien dijo, quienquiera que fuese, que no hay mal que por bien no venga.¹⁹

«Señor Dios —me dije—, ahora sí creo que solo tú posees todo el poder, ya que después del dolor me has concedido placer, y alegría después de la tristeza; pues acabo de encontrar a plena satisfacción todo lo que necesitaba. ¡Si al menos pudiera hallar a alguien que me supiera dar noticia de este lugar!». Entonces la serpiente hizo un ligero movimiento y empezó a hablar de este modo:

—Guillaume, tú no has venido aquí por tu propia voluntad. Pero como has mostrado mucho coraje, te comunico, como puedes apreciar, que estás en la Isla Encantada,²⁰ donde residen el hada Morgana y mi señor el rey Arturo.

Luego calló y no dijo más, y al instante desapareció. Yo me asusté un poco cuando oí hablar a la serpiente, ya que me sorprendió muchísimo, puesto que según la naturaleza eso no puede suceder. Pero cuando recordé las palabras que la serpiente había dicho con tanta claridad, descubrí que las

tenía inscritas en mi corazón y me alegré mucho de tales novedades. Pero lo que me satisfizo más de todo lo que había escuchado fue que la serpiente hablara tan pulcramente la lengua francesa.²¹ Aunque no me gustó nada que se fuera tan pronto, sin darme mayores explicaciones.

Entonces me eché en el prado y me quedé dormido en medio de las flores hasta la mañana siguiente, cuando la luz del sol me despertó y oí como los pajaritos cantaban proporcionándome un gran contento. Mi corazón se iluminó de alegría al ver las riberas y los prados, los árboles floridos y cubiertos de hojas,²² y las fuentes y los riachuelos, y otras cosas amenas, bellas y graciosas, que eran muy agradables de contemplar. Me lavé las manos y la cara con el agua clara de la pila,²³ y luego me fui por el campo, admirándome de la aventura y del lugar al que había llegado. Iba de sorpresa en sorpresa, como quien se halla en país desconocido.²⁴ Me acordé de lo que la noche anterior me había dicho la serpiente sobre el rey Arturo y el hada, por lo que observé atentamente a un lado y a otro por si veía alguna torre o palacio, albergue, casa o estancia.

En esas, vi venir por el prado un palafrén²⁵ gris, de armónicas proporciones, ni pequeño ni grande, tan ricamente ensillado que, por el exquisito arnés que llevaba, un rey podría cabalgarlo. Estimo que valdría unos mil marcos de oro.

La silla, el petral, el freno y el arzón eran de estilo francés, hábilmente tallados en marfil blanco²⁶ y con bellas ornamentaciones en oro y plata. Había allí pintadas numerosas historias de amor:²⁷ de Flores y Blancaflor; de la rubia Iseo²⁸ y de Tristán, que se amaron con pasión; de Tisbe y Píramo; de Serena y Elidús; de Paris, que con gran ingenio

sedujo a Helena y se la llevó a Troya; sus hechos, su vida, su fortuna estaban representados en imágenes. Y aún había muchas más que no sería capaz de contaros. Doy fe de que todos los clavos, pequeños y grandes, eran de oro puro. La silla se cubría elegantemente con jamete verde ultramarino, cosido con hilo de oro y plata, en consonancia con semejante labor. Las acciones,²⁹ y no miento, eran de seda tejida, como lo son las correas de Negroponte,³⁰ y el sobrecincho igualmente. Las hebillas eran de plata y los estribos de oro puro macizo, bellamente nielados, a la manera de París. Todavía no os he dicho nada del freno, que había sido hecho magistralmente: no os penséis en ningún momento que el bocado fuese de plata o de oro, pues era de cristal,³¹ muy bien elaborado y en su justa medida, así como las anillas. Las riendas consistían en una cadena de oro puro muy bien trabajada, estrechamente entrelazada, que me pareció una labor digna de elogio. Las cabezadas, según pude percibir, se adornaban con orifrés. Había mil láminas todas de oro para mayor realce y en cada una, para embellecerlas aún más, se engastaban rubíes, zafiros y esmeraldas. ¡Y hubierais visto cómo estas piedras resplandecían al sol! Nunca había visto un petral semejante, pues se hizo con encantamiento: había en él cien cascabeles de plata, muy bonitos y de bella factura, desiguales entre sí en el son y en el tono, pero que se armonizaban³² cuando el palafrén iba al amble y hacían sonar un lay de Tristán³³ muy agradable de oír.

Con tal arnés como oís iba enjaezado el palafrén, que no era ni bravo ni esquivo, sino que se me acercó mansamente.³⁴ Y yo, al tiempo que contemplaba el arnés, lo cogí por el freno y enseguida pensé que algún caballero de los

que van a cazar con gavilán³⁵ lo habría perdido.³⁶ Así que me dije: «No tardaré en saber la verdad de lo que estoy buscando».

Y al acto monté con mayor satisfacción de lo que os sabría decir, pues deseaba servir a su dueño, con el fin de obtener pronto alguna noticia fiable sobre el rey Arturo. Pero cuando me disponía a moverlo hacia la mano derecha, como yo quería, el palafrén, como si estuviera contrariado, no se movió, lo que me causó un gran enojo. Entonces desmonté rápidamente y, como quien tiene prisa por cabalgar, me calcé las espuelas que llevaba por la noche y de las que me había descalzado y volví a montar en el palafrén.

—Ahora, palabra que caminarás —dije—, o ya veremos qué pasará.

Pero aunque hubiera estado espoleándolo hasta el día siguiente, no hubiera podido moverlo.

—Palafrén, por Dios, ya que por mí no os queréis mover —le dije—, no os voy a forzar, sino que respetaré vuestra voluntad tanto si queréis andar como estaros quieto, y no os violentaré en modo alguno, pues ya veo en vuestros flancos que las espuelas no os tocan muy a menudo. Así pues, creo que lo más adecuado es que renuncie a ello.

Aflojé las riendas, porque ya no tenía ninguna intención de moverlo. Y entonces el palafrén me llevó de ambladura, siguiendo su camino a través de un prado bellamente cubierto de flores; tanto, que no creo haber visto en toda mi vida tan hermosas flores en un prado. Las había de muchos colores, tal como había dispuesto la naturaleza. Cabalgué airosamente por el campo por donde el palafrén quería,

guardándome de no picar de espuelas, ni de usar el freno ni de hacer nada.

Y al pasar junto a un laurel, vi que de él colgaban unos guantes labrados en oro y plata, a la manera de Perpiñán.³⁷ Me dio la impresión de que solo los habían tocado las manos del artesano y nadie más, pues parecía que quien los había hecho los había dejado inmediatamente allí. Verlos me produjo una gran satisfacción, pues creí que por allí podría encontrar algún caballero, juglar o sirviente que me supiese informar sobre el rey. Me acerqué al árbol y cogí los guantes por los cordones de oro. Me hubiese gustado mucho que quien allí los puso me hubiese visto. Yo, mientras tanto, me decía a mí mismo: «¿A qué obedece todo esto? No sé cómo ni por qué alguien haya puesto aquí estos guantes tan bonitos y tan bien confeccionados. Sospecho que deben ser del dueño del palafrén, porque están elaborados con tanta maestría como la silla y el resto del arnés».

Estando así, vi que de una dehesa salían dos pequeños bracos. Se acercaron a mí con tal regocijo que parecía que los había criado yo. «Realmente — me dije —, ya puedo decir que todo lo que veo está encantado, pues no creo que estos bracos me hayan visto nunca, ni yo a ellos, y aun así demuestran que me tienen afecto. Me admira cómo sea posible.³⁸ Ahora deseo llevar a cabo mi aventura, pues acabo de dar con ella».³⁹

Cabalgué entonces por la pradera sin fijarme en camino ni sendero,⁴⁰ con los bracos siguiéndome, reflexionando sobre lo que veía. Más adelante, en la pradera, vi a un gavilán, mudado y hermoso, con las pihuelas labradas.⁴¹ Sus

cascabeles eran de plata y emitían un sonido muy agradable. Estaba desplumando entre sus manos⁴² a una codorniz⁴³ con la que se alimentaba. Ya había engullido casi la mitad cuando lo levanté del suelo.

—Gavilán —dije—, os veo hermoso y capaz, según vuestro aspecto me da a entender, por lo que sois digno de estima y alabanza. Me sorprende cómo pueda ser que mientras los demás aún llevan plumón, vos estéis elegantemente mudado, sin que os falte una sola pluma.⁴⁴ Todo cuanto aquí veo me parece muy extraño, aunque sea muy hermoso, puesto que la naturaleza no consiente muchas de las cosas que estoy viendo. Aunque no me disgusta estar aquí, ya que estoy vivo y me salvé del mar. ¡Ojalá pudiera encontrar al rey Arturo, que goza de tanta fama en el mundo!⁴⁵

Fui cabalgando mucho rato, pensativo y cabizbajo, hasta que me encontré en un jardín en el que había mil⁴⁶ árboles a su alrededor, todos del mismo tamaño y con el mismo aspecto;⁴⁷ aunque cada uno de una especie distinta, todos tenían la misma altura, estaban plantados muy juntos, y a consecuencia del encantamiento mostraban al mismo tiempo flores y frutos, a pesar de que la estación no lo consentía. Los frutos estaban ya maduros, y las flores, extraordinariamente hermosas, aparecían frescas y fragantes en medio de las verdes hojas que adornaban las ramas, mientras todos los pajaritos entonaban canciones, voltas y lais,⁴⁸ pues el tiempo era risueño y les proporcionaba una espontánea alegría. El jardín estaba circundado por canales de agua sana y pura que procedía de una fuente que nacía en medio de un prado, en un lugar elegantemente pavimentado con un impoluto mármol blanco.